

---

## JULIO RIQUELME INDA: CINCUENTA AÑOS DE FECUNDA TAREA

---

Leído en la sesión de la Sociedad Mexicana de Historia Natural el 19 de agosto de 1955, por ENRIQUE BELTRÁN, Secretario Perpetuo de la Corporación, en ocasión del Jubileo de Oro Profesional del Ing. Julio Riquelme Inda.

Julio Riquelme Inda es de esos hombres que, al cumplir medio siglo de su recepción profesional, puede mirar con satisfacción hacia atrás, para estimar el fecundo camino recorrido. Y también puede mirar satisfecho a su alrededor, seguro de que sólo encontrará caras amigas. Pues cuando se ha sido un trabajador incansable como él, y cuando como él se ha sido un amigo y un caballero, se puede llegar a ese punto crucial, con la satisfacción de haber cumplido con un deber social.

El Ing. Riquelme Inda ingresó a la vieja Escuela de Agricultura y Veterinaria, que por muchos años existió en la Hacienda de San Jacinto, D.F., y en ella estudió con interés y provecho para obtener en el año de 1905, el título de Agrónomo, que una vida entera de trabajo habría de demostrar que respondió a su vocación.

Seguramente los años pasados en la escuela deben haber sido muy fecundos para Riquelme Inda, pues por aquella época el plantel contaba con destacados profesores. Pero fue indudablemente más valioso para su formación científica, que apenas salido de las aulas entrara el propio año de 1905 a trabajar como entomólogo de la Comisión de Parasitología Agrícola, dependiente de la entonces Secretaría de Fomento, Colonización e Industria. Establecimiento, fundado pocos años antes por el Prof. don Alfonso L. Herrera, no sólo constituyó un excelente centro de trabajo, donde por primera vez se enfocaron en México en forma intensa las tareas de protección de la agricultura frente a plagas y enfermedades, sino que además fue lugar donde afianzaron su vocación personas que, con el correr del tiempo, habrían de distinguirse en el campo científico, tales como Guillermo Gándara, Alfonso Madariaga, el propio Riquelme Inda y otros más

En ocasión de que la Sociedad Mexicana de Historia Natural dedicó una sesión solemne a la memoria del mencionado Prof. Herrera, el más grande y brillante de los naturalistas y biólogos mexicanos del presente siglo, el Ing. Riquelme Inda hablaba de la labor que el desaparecido maestro había realizado en la Comisión de Parasitología Agrícola; y vemos ahí la añoranza de un sitio donde tuvo oportunidad de desenvolverse científicamente, en forma que habría de dejar honda huella en su vida.

El paso del Prof. Herrera por la Comisión de Parasitología Agrícola terminó el año de 1907, cuando se pretendió que dicho centro perdiera su autonomía, quedando convertido en Sección de Historia Natural de la recién creada Estación Agrícola Central. Don Alfonso no pudo aceptar, por explicable y encomiable dignidad, que se pretendiera bajar de categoría un centro que había trabajado tanto en provecho de México, y que se quisiera colocar en situación subordinada, a quien había sido su Director desde el momento en que, por sus propios esfuerzos, se había establecido.

Pero al separarse don Alfonso de ese sitio, dejaba en él a valiosos elementos, y el Ing. Riquelme Inda continuó laborando por otros largos siete años en la Estación Agrícola Central. Su capacidad lo llevó a ser designado también Profesor de la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, estableciendo así desde 1907 ligas docentes con su Alma Mater.

Al crear el propio Prof. Herrera la Dirección de Estudios Biológicos, en 1915, Riquelme Inda volvió a conectarse con su viejo maestro, como Profesor Entomólogo en el Museo Nacional de Historia Natural que dependía de dicha Dirección. Pero su estancia ahí fue corta, pues paso un año después a la población de Mérida, Yucatán, como Catedrático de Biología en la Escuela de Agricultura de dicho sitio, así como también para desempeñar la cátedra de Agricultura Práctica y Agrimensura en la Escuela Normal Mixta de la capital yucateca, durando ahí hasta 1916.

Al regresar a México, se liga nuevamente con la vieja dependencia en la que había comenzado sus labores, y que para entonces llevaba el nombre de Secretaría de Agricultura y Fomento, desempeñando diversos cargos en la Dirección General de Agricultura, especialmente en el campo de la enseñanza y la propaganda. Reanuda también sus actividades docentes como catedrático de Parasitología Forestal en la Escuela Nacional Forestal, y de Entomología Aplicada en la Facultad de Altos Estudios, dependiente de la Universidad Nacional de México. Y continuará ligado con actividades docentes por años, tanto en esos planteles como en la Escuela Nacional de Agricultura, y posteriormente en la de Guardería Forestal y de Caza y Pesca.

Su interés por los problemas de parasitología, que no lo había abandonado desde su paso por la Comisión que creara don Alfonso L. Herrera, lo llevó también a la Jefatura del Departamento de Estudios Especiales de la Oficina Federal para la Defensa Agrícola.

También trabajó en la extinta Comisión Nacional de Irrigación, por varios años, especialmente orientado hacia los problemas agronómicos de dicha dependencia; y cuando ésta se transformó en Secretaría de Recursos Hidráulicos siguió formando parte de ella, como agrónomo supervisor de los estudios agroeconómicos de los proyectos de irrigación.

El campo profesional recorrido por el Ing. Riquelme, ha sido pues amplio, y en todo ha dejado huella; en algunas ocasiones como verdadero pionero, tal como sucedió por ejemplo al crear el curso de entomología forestal en la Escuela de Agricultura.

Julio Riquelme Inda ha sido un trabajador incansable cuyo interés se ha centrado preferentemente en los insectos y en los bosques, con respecto a los cuales ha realizado pacientes investigaciones y publicado numerosos trabajos. También otros temas relacionados con asuntos agrícolas o económicos han detenido su atención; y su amplio conocimiento del país, que ha recorrido extensamente, le permite opinar con autoridad de muchos de nuestros problemas.

Pero, además de su obra múltiple como profesionista, como investigador y como maestro, tiene su personalidad otros aspectos extremadamente interesantes, sobre los que debemos insistir.

Por una parte, ha realizado fructuosa labor en el seno de las más prestigiosas corporaciones científicas de México, en varias de las cuales ha ocupado, con capacidad y decoro, el sillón presidencial. Y he querido detenerme a considerar este capítulo de su vida en las sociedades científicas porque, desgraciadamente en nuestro medio dichas corporaciones llevan una vida raquítica, con perjuicio de la ciencia y la cultura nacionales.

En efecto, el valor que las agrupaciones científicas tienen en la promoción del adelanto intelectual de un país es muy grande, ya que constituyen centro de expansión y discusión de nuevas aportaciones, o de valorización de las ya conocidas, y además, contribuyen a crear y reforzar lazos de amistad y camaradería entre sus miembros, lo que estimula un clima de cordialidad, de resultados extraordinariamente valiosos y el cual en México, triste es decirlo, casi no ha existido.

Nuestras asociaciones científicas son raquíticas y sólo se sostienen gracias al esfuerzo, casi heroico, de un pequeño número de miembros que luchan empeñosamente para mantenerlas vivas.

Pero una cosa es mantener viva una agrupación, y otra que la misma lleve una existencia fructífera y fecunda, para lo cual se requiere que no sólo una minoría, sino todos sus integrantes asistan a las reuniones, participen en sus discusiones y presenten trabajos que vayan luego a enriquecer las publicaciones de la corporación.

No queremos analizar aquí las causas de esta situación, que indudablemente son muy complejas, y cuya consideración nos llevaría demasiado lejos. Personalmente creemos que los motivos básicos que explican el hecho radican en los absurdos y complicados horarios y sistemas de trabajo, a los que casi todos los que cultivamos la ciencia hemos debido plegarnos en una u otra ocasión, como necesidad de supervivencia económica. Teniendo frecuentemente que atender distintas tareas en situaciones diversas, combinando a veces trabajos administrativos, docentes y de investigación. Con horarios que suelen comenzar a las siete de la mañana para terminar a las nueve o diez de la noche, es disculpable que nuestros intelectuales encuentren imposible o fatigoso, sobrecargar esas actividades con la asistencia a reuniones científicas. Quizá a la causa anterior, que para mí es primordial, habría que agregar las rencillas, grupos y banderías que tradicionalmente han separado a los investigadores mexicanos y que, naturalmente, no constituyen ambiente propicio para el florecimiento robusto de las corporaciones científicas, cuyo requisito básico de existencia debe ser la cordialidad entre sus miembros.

No sería exagerado decir que, quienes con su esfuerzo personal y a veces a base de sacrificio contribuyen a la vida de las agrupaciones científicas, están realizando una labor de sin igual importancia para el progreso del país, cuyo valor no debe ser subestimado.

Y Julio Riquelme Inda tiene en su haber una importante participación en este campo. Miembro de las principales agrupaciones científicas del país, no lo es solamente de nombre como muchos otros, sino que trabaja activamente en todas ellas, sin escatimarles ni su tiempo ni su esfuerzo. Esta labor, aparentemente sencilla es de gran valor y significación, y cuando se realiza por largo tiempo resulta extraordinariamente meritoria. Y eso explica que varias de ellas lo hayan llevado a regir sus destinos desde la Presidencia.

En nuestra corporación, la Sociedad Mexicana de Historia Natural de la que fue Socio Fundador, ocupó ese elevado cargo por dos períodos consecutivos, en los años de 1945 y 1946. Su gestión se caracterizó por dos aspectos muy propios de su personalidad: en primer lugar la constancia, puntualidad y seriedad en el desempeño de sus labores, en las que ponía siempre todo su entusiasmo y buena voluntad; y, además, el procurar siempre un clima de gran cordialidad entre todos los miembros.

Asociado con el desaparecido apóstol del árbol, don Miguel A. de Quevedo, desde los tiempos ya lejanos en que éste organizó la Sociedad Forestal Mexicana, se ha convertido en incansable y sincero defensor de los bosques de México; y desde la muerte del Ing. de Quevedo en 1946, lleva sobre sus hombros la dura tarea de elegir los destinos de la benemérita corporación fundada por aquél.

Y de ese modo, Julio Riquelme Inda ha agregado a sus múltiples actividades de carácter científico y cultural, una muy importante de proyecciones sociales, como es la defensa de los bosques mexicanos.

Alerta siempre a lo que en este campo sucede, su voz de protesta se eleva enérgica, desde la tribuna o en las páginas periodísticas, cada vez que se pretende cometer algún atentado contra esa riqueza básica y fundamental de nuestra patria, tan codiciada por quienes, no siguiendo otro rumbo que el que les marca su beneficio personal, no piensan en el daño que originan con sus atentados en el terreno forestal.

Como decía al principio, este medio siglo de actividades profesionales de nuestro ex Presidente está lleno de realizaciones en muy diversos senderos; y justo es reunirlos para hacerle llegar en estos momentos, las muestras ostensibles de nuestra amistad y estimación.

Una vida y una obra como las de Julio Riquelme Inda, es justo que reciban los honores a que se han hecho acreedoras, y en diversas ocasiones se los han otorgado en el país y en el extranjero.

Entre algunos de ellos podríamos citar haber sido presidente de la Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate", de la Sociedad Forestal Mexicana y de nuestra propia Sociedad Mexicana de Historia Natural en el país, así como presidente de la Société Linnéenne de Lyon en Francia.

En ocasión de reunirse en Washington, D. C., la Primera Conferencia Interamericana de Agricultura, Silvicultura e Industria Animal, nuestro país lo nombró miembro de su delegación oficial; y como se acordara que México fuese sede de la Segunda Conferencia, el Gobierno le confirió el honroso y delicado cargo de Presidente del Comité Organizador de la misma.

En 1938 la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística le otorgó la Medalla al Mérito; por la Cultura de México; en 1939 recibió del Gobierno de la República Francesa la Cruz de Caballero del Mérito Agrícola y en 1945 la Medalla al Mérito Forestal, que le fue otorgada por el Gobierno de México.

Celebraciones como la de esta noche, no solamente son acto de justicia para quien ha dedicado una vida entera a nobles y elevadas tareas de beneficio colectivo, sino que también es muestra de que en nuestro país comienza ya a florecer ese clima de armonía, comprensión mutua y camaradería, que tanto se requiere para las tareas científicas. El hecho de ver congregados en este salón a innumerables representantes de instituciones y organismos diversos, oficiales y privados, que vienen a rendir homenaje a Julio Riquelme Inda en su Jubileo de Oro, demuestra que el verdadero mérito es siempre reconocido.

Muchos de los aquí presentes fueron discípulos suyos en alguno de los planteles donde impartió sus enseñanzas, y seguramente que para ellos este acto tendrá doble significación.

Aunque por algunos años fue catedrático en la desaparecida Facultad de Altos Estudios, de la Universidad Nacional, donde yo realicé mis estudios profesionales en el campo de las Ciencias Naturales, su ingreso al cuerpo

docente del mismo coincidió con la terminación de mi carrera y, en consecuencia, no tuve la satisfacción de ser su discípulo ni de aprender lo mucho que pudo haberme enseñado en el campo de la Entomología Agrícola, materia que profesaba.

Pero uno de mis maestros más queridos, don Alfonso L. Herrera, había sido también maestro suyo y uno de sus jefes en el inicio de su carrera científica; y otro maestro igualmente muy querido, don Guillermo Gándara, su compañero en los años iniciales de la Comisión de Parasitología Agrícola, así como en los laboratorios de la Estación Agrícola Central y en el cuerpo docente de la Escuela N. de Agricultura. Y de labios de ambos oí, antes de conocerlo, referencias elogiosas para Riquelme Inda.

Años después tuve la satisfacción de hacer su conocimiento personal y, como a todos los que lo han tratado, su bondad y comprensión hacia los demás, y la exquisita caballerosidad de su trato, no pudieron menos que cautivarme desde luego. Así se inició una amistad sincera que, para fortuna mía, perdura hasta la fecha con eslabones cada día más firmes.

Cuando en 1936 logré dar realidad al sueño que por muchos años había acariciado, de hacer revivir a la vieja y gloriosa Sociedad Mexicana de Historia Natural, fue don Julio Riquelme Inda, uno de los miembros supervivientes de ella, de los primeros en ser invitados para formar en las filas de la nueva.

Como era de esperarse respondió al llamado sin reserva alguna, fue de los socios fundadores, y estuvo siempre dispuesto a trabajar por la corporación en cuanto le fue solicitado. Años más tarde el voto de sus consocios lo llevó a la Presidencia de la agrupación, y en los dos años que ocupó el sillón presidencial, tuve oportunidad de estrechar mi trato con él, en forma casi cotidiana; lo que sólo sirvió para afianzar mi afecto y hacer crecer mi estimación.

Es por todo ello, que considero como un verdadero y muy grato privilegio ser yo quien se haya encargado de enaltecer ante ustedes la figura del Ing. Julio Riquelme Inda, en ocasión de su Jubileo de Oro profesional que en este caso, afortunadamente y dada su envidiable salud, no marca la terminación de una vida activa, ni tan siquiera el ocaso de la misma sino que, por el contrario, señala la etapa de gran fecundidad, fruto de su madurez y experiencia.

Deseamos sinceramente que siga trabajando activamente en las diversas corporaciones e instituciones a que pertenece pero, con un justificado y explicable egoísmo, esperamos que parte principal de esas actividades se realicen en el seno de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, que tan honrada y satisfecha se siente de contarle en sus filas desde el día en que, después de un largo período de inactividad, logramos que, cual la mitológica Ave Fénix, renaciera de sus cenizas y volviera a laborar activamente en el escenario nacional para beneficio de la ciencia de México.